

Hablamos con el Señor Sábado 28 de Octubre



Buenos días, Señor, a ti el primero
encuentra la mirada del corazón,
apenas nace el día:
tú eres la luz y el sol de mi jornada.

Buenos días, Señor, contigo quiero
andar por la vereda:
tú, mi camino, mi verdad, mi vida;
tú, la esperanza firme que me queda.

Buenos días, Señor, a ti te busco,
levanto a ti las manos
y el corazón, al despertar la aurora:
quiero encontrarte siempre en mis hermanos.

Buenos días, Señor resucitado,
que traes la alegría
al corazón que va por tus caminos,
¡vencedor de tu muerte y de la mía!

Gloria al Padre de todos,
gloria al Hijo, y al Espíritu Santo;
como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos te alabe nuestro canto. Amén

La fe permite realizar grandes cosas

La fe nos permite ante todo realizar grandes acciones –por grandes acciones se entiende aquí «grandes ante Dios»–.

La Carta a los Hebreos nos recuerda las acciones de algunas personalidades del Antiguo Testamento en vistas a la fe.

“*Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el de Caín*» (Heb 11,4).
¿Por qué mejor? Porque **Abel** miraba sin pesar la ofrenda, sin pensar en lo que perdía y sacrificaba, sino que proyectaba su mirada más allá de las cosas, es decir, hacia Dios, a quien quería agradar y ofrecer un signo de devoción. Aquí se indica una característica típica de la fe:

proyectar la mirada más allá de la realidad inmediata; lo que crea desconfianza es el miedo a perder algo; Dios nos llama a asumir un compromiso, a emprender una acción, que no tiene en cuenta las circunstancias inmediatamente presentes.

¿En qué sentido es **Noé** ejemplo de fe?

«*Advertido de cosas que no se veían, construyó con piadoso temor un arca, y por esta fe condenó al mundo...*» (Heb 11,7).

Si Noé –así razona el autor de la Carta a los Hebreos– hubiera mirado únicamente las circunstancias presentes, lo que veía, no se hubiera puesto a construir el arca, convirtiéndose en blanco de las risas de los otros y convirtiéndose en objeto de burla. Pero él tuvo en cuenta la Palabra de Dios, superó el desafío del escarnio de sus contemporáneos y su fe «condenó al mundo».

Es como si Noé hubiera dicho: «¡Soy yo el que ha tenido razón al haberme fiado de Dios y al no haber hecho caso de las voces inmediatas que me criticaban!»

Es a **Abrahán**, sobre todo, a quien se exalta como ejemplo de fe. Y en él exalta la Carta a los Hebreos el ser capaz de lanzarse en medio de la oscuridad:

«*Al ser llamado, obedeció, partió sin saber adónde iba...*» (Heb 11,8).

Es esta una frase que, a mi modo de ver, podría llegar a ser verdaderamente programática para nuestra vida, cuando nos fiamos de la Palabra de Dios: salimos, nos ponemos en marcha, sin ver exactamente, con seguridad, cuál es el camino por el que Dios nos conduce; nos confiamos a su Palabra. Y un segundo elemento que subraya la carta, con respecto a la fe de Abrahán, es su vivir en tienda, en espera de la ciudad. Abrahán abandona una ciudad y se entrega a la vida nómada, aun sabiendo que estaba llamado a otra ciudad de firmes cimientos, a una ciudad sólida, pero que no verá nunca.

El autor de la Carta a los Hebreos contempla a este hombre que camina errante, trasladando su tienda de un sitio a otro, sin encontrar nunca un lugar fijo donde morar, aunque está seguro de que la Palabra de Dios le guiará –está seguro de ello– a una ciudad estable y sólida. Abrahán no vive basándose en lo que ve –su existencia es de una extrema precariedad–, sino en lo que Dios le ha prometido. Y, como dice precisamente el autor de la carta, «... *espera la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es el mismo Dios*» (Heb 11,10).”

Y muere en la fe, es decir, sin haber conseguido los bienes prometidos, sino solo habiéndolos visto y saludado de lejos, declarando con su misma existencia que nosotros somos extranjeros y peregrinos en la tierra.

Así pues, toda la vida de estos hombres está considerada como unas peregrinación hacia una ciudad invisible, guiados por la Palabra de Dios. Por eso, Dios no desdeña llamarse su Dios:

«He preparado, en efecto, para ellos una ciudad, la ciudad celeste» (Heb 11,16).

A **Moisés** se le presenta como alguien que no tiene miedo de los hombres, y que acepta incluso el oprobio, el insulto, por la fidelidad a la Palabra:

«Por fe, Moisés renunció al título de hijo de una hija del faraón, y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios al disfrute efímero del pecado, estimando que el oprobio de Cristo era una riqueza mayor que los tesoros de Egipto: en efecto, miraba a la recompensa» (Heb 11,24-26).”

Si Moisés solo se hubiera fijado en la situación presente en que vivía, a buen seguro no habría dejado su propio sitio en la casa del Faraón; y su elección del oprobio que Pablo llama ya «oprobio de Cristo», es decir, participación en lo que será después la pasión y la humillación de Jesús, pareció una mala elección, carente de motivo. ¿Por qué pudo tomar Moisés esta decisión? Solo porque había visto algo más allá de las realidades que se le presentaban en lo inmediato.

«Por fe dejó Egipto, sin temer la ira del rey» (Heb 11,27).

Me parece que sigue aquí una de las frases más bellas de todo el capítulo, una frase que describe toda la dinámica de la fe:

«Permaneció, en efecto, firme, como si viera lo invisible» (Heb 11,27).

Así pues, Moisés, que mira lejos, es como si viera lo invisible y, por consiguiente, como si regulara sus acciones por aquella mirada.

He aquí todo lo que puede hacer la fe, y el autor de la carta lo resume después así de modo más general:

«Por la fe conquistaron reinos, administraron justicia, consiguieron las promesas, cerraron las fauces de los leones, apagaron la violencia del fuego ... (Heb 11, 33-34)

Vuelvo a leer estos cuatro ejemplos de fe...
y me voy preguntando
si la fe en mí tiene alguna de esas características...

La fe permite soportar grandes pruebas

“La fe es, pues, lo que permite seguir adelante, comprometerse, hacer grandes cosas. Pero es también la realidad que conduce a soportar grandes trabajos y pruebas:

«Encontraron fuerza en la debilidad [...] fueron torturados, padecieron escarnios, azotes, cadenas, cárcel; fueron apedreados, torturados, muertos a espada; dieron vueltas menesterosos, atribulados, maltratados...» (Heb 11,34-37).

Al observar con una mirada general los sufrimientos de los hombres del Antiguo Testamento que permanecieron fieles a Dios, el autor de la Carta a los Hebreos los contempla a todos en referencia a la fuerza de la fe:

«Porque ellos, al no aceptar la liberación que se les ofrecía, querían obtener una resurrección mejor» (Heb 11,35).

No se trata, por tanto, de una actitud ciega, de una aceptación de la tortura o del martirio en cuanto tales, sino de un estilo que mira más allá, que no valora el sufrimiento en sí mismo, sino en relación con lo que Dios promete y con lo que, a través de él, se consigue.

San Pablo en la carta a los Efesios concluye después con una afirmación que nos sorprende más que cualquier otra: todos los ejemplos de fe referidos hasta ahora tienen que ver con personas que, aun habiendo recibido una buena recompensa por su fe, no consiguieron la promesa. Dios tenía pensado algo mejor para nosotros. Somos nosotros los que, en Jesucristo, empezamos a gozar de la promesa de la fe, empezamos ya a vivir de esta plenitud.

Los antiguos fueron capaces de realizar todo eso, incluso sin Cristo, basándose solo en la Palabra de Dios no concretada todavía en la misión, en la voz, en la muerte y resurrección de Jesús. ¿Qué podremos hacer entonces nosotros, que tenemos entre nosotros al mismo Jesús, autor de la fe?

Vuelvo a leer lo anterior y me pregunto
¿Qué pruebas lleva mi fe?

Le doy gracias a Jesús por su vida, muerte y resurrección
que me provoca la fe